

**D. 28 del tiempo ordinario / A**

Las lecturas de este domingo, y concretamente la primera lectura y el evangelio, nos ofrecen la oportunidad de centrar nuestra atención en la eucaristía. A partir de ellas podemos ahondar en la comprensión de este sacramento como banquete. Este planteamiento ha sido redescubierto tras el Concilio Vaticano II y, en ocasiones, se ha contrapuesto al carácter sacrificial de la misa. Sin embargo no son dos rasgos contrapuestos sino complementarios. La eucaristía es un sacrificio, incruento, que se da en el marco de un banquete.

Además de dedicar la homilía a este tema también nos podríamos servir de otros elementos de la celebración como las aclamaciones de la tercera fórmula del acto penitencial (*Tú que nos invitas a tu mesa; Tú que nos das como alimento tu cuerpo y tu sangre...*) o el prefacio (uno de los tres que hay en el *Misal* dedicados a la eucaristía).

**\* LA EUCARISTÍA: EL BANQUETE QUE DIOS NOS OFRECE**

Isaías, en la primera lectura, nos habla proféticamente de la eucaristía. Anuncia una futura intervención salvadora de Dios para todos los pueblos empleando la imagen del banquete. Jesús, en el evangelio, compara la llamada a participar en el reino de Dios con la invitación a un banquete de bodas. Así, ambos textos emplean una mesa festiva para hablar de la salvación que Dios nos da.

El banquete es una de las categorías clave para las relaciones humanas. Los hombres enseguida nos sentamos en torno a una mesa cuando queremos celebrar algo con la familia, con los amigos... La comida es signo de comunión (ambas palabras tiene la misma raíz); manifiesta también alegría y felicidad, solidaridad y alianza. En el evangelio vemos a Jesús en varias ocasiones sentado a la mesa (con los discípulos, con los pecadores...). Y fue en el marco de una cena, la cena pascual, donde Jesús instituyó la eucaristía. Para que también la relación entre Dios y los hombres fuera en torno a una mesa.

**\* RASGOS DEL BANQUETE DE DIOS**

De las lecturas se desprenden una serie de rasgos que podrían ser comentados en la homilía para ayudarnos a comprender y vivir mejor este sacramento:

- **Universalidad de la salvación.** La exclusividad salvífica del Antiguo Testa-

mento, esto es, que solo el pueblo judío era el destinatario de la salvación divina, desaparece en la nueva alianza. *Preparará el Señor de los Ejércitos para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares succulentos, un festín de vinos de solera* (1ª lectura). También en la parábola del evangelio, al rechazar la invitación los convidados, es llamado a la boda cualquiera que esté dispuesto a acudir.

- **Sobreabundancia.** Dios se da sin medida. El profeta lo expresa a través de la calidad y abundancia de la comida del banquete: *manjares succulentos, vinos de solera; manjares enjundiosos, vinos generosos*. También el salmo lo formula: *mi copa rebosa*. El amor que Dios nos ofrece, la salvación que nos regala, la vida divina que nos transmite supera cualquier expectativa y deseo humano sobrepasando todos nuestros anhelos y esperanzas.

- **Superación de la muerte.** La salvación de Dios nos concede conlleva incluso la superación de la muerte. La visión profética de Isaías (*aniquilará la muerte para siempre*) se ha hecho realidad en la Pascua de Cristo. Cristo ha vencido a la muerte y todos hemos sido hechos partícipes de su triunfo. El banquete eucarístico es un signo de esta victoria porque en él actualizamos su Pascua, esto es, su muerte y su resurrección.

### \* RECHAZO DE LA INVITACIÓN

Dios no impone su salvación. Dios no nos obliga a aceptar la vida que nos regala. Dios respeta la libertad del hombre. Y así, en la parábola evangélica, los convidados rechazaban la invitación a la boda. ¿También nosotros estamos ocupados en los afanes de este mundo que pasamos por alto lo verdaderamente importante? ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si pierde su alma?

Ahora bien, si acogemos su invitación debemos ir *vestidos de fiesta* a la boda. Esto es, ser cristiano no de palabra sino de obra; ser coherente. No es suficiente con estar bautizado sino, además, vivir como hijos de Dios.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI